

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

IX
UN ASPIRANTE A LA GLORIA Y LA FORTUNA

Entretanto, el chicuelo que había seguido a los marinos estaba ya desde largo rato en el puerto, y, sentado a la sombra de un batel a monte, no apartaba los ojos de las carabelas que a poca distancia se mecían a impulsos de la corriente lenta y la brisa frescachona, y de otra nao más lejana, desarmada y como dormida, sin hacer caso de los grupos de hombres y mujeres que acudían curiosos a verlas, ni de los marinos que comentaban su corte y arboladura. Eran los de las carabelas cascos negros, calafateados con sebo y alquitrán, y sus mástiles, asegurados por gruesas trincas, les daban un aspecto de pesadez que no bastaba a aligerar el corte fino de las obras vivas. Los ojos del chicuelo se paseaban del castillo de proa al castillo de popa, admirando aquellas altas construcciones de madera, que se alzaban y sobresalían a uno y otro lado, con sus grandes tragaluces, y le parecían espléndidos palacios donde debía pasarse vida regalada mientras se iba a la conquista de las tierras del oro, las piedras preciosas, los animales extraños, los pájaros multicolores. Después contemplaba embobado los erguidos mástiles, los intrincados cordajes, las

jarcias embreadas, el cabrestante panzudo, las colgantes y bamboleantes escalas, y cada detalle era para él nuevo objeto de religiosa maravilla.

Pocos años habían bastado, después del primer viaje de Colón, para que se atenuaran, sin desvanecerse por completo, los supersticiosos terrores que en la imaginación medioeval infundía aquel Mar Tenebroso, surcado – decíase – por corrientes bituminosas y saturado de vapores mefíticos que hacían el aire irrespirable, mientras terribles monstruos acechaban al marinero audaz para devorarlo apenas entrara en sus dominios.

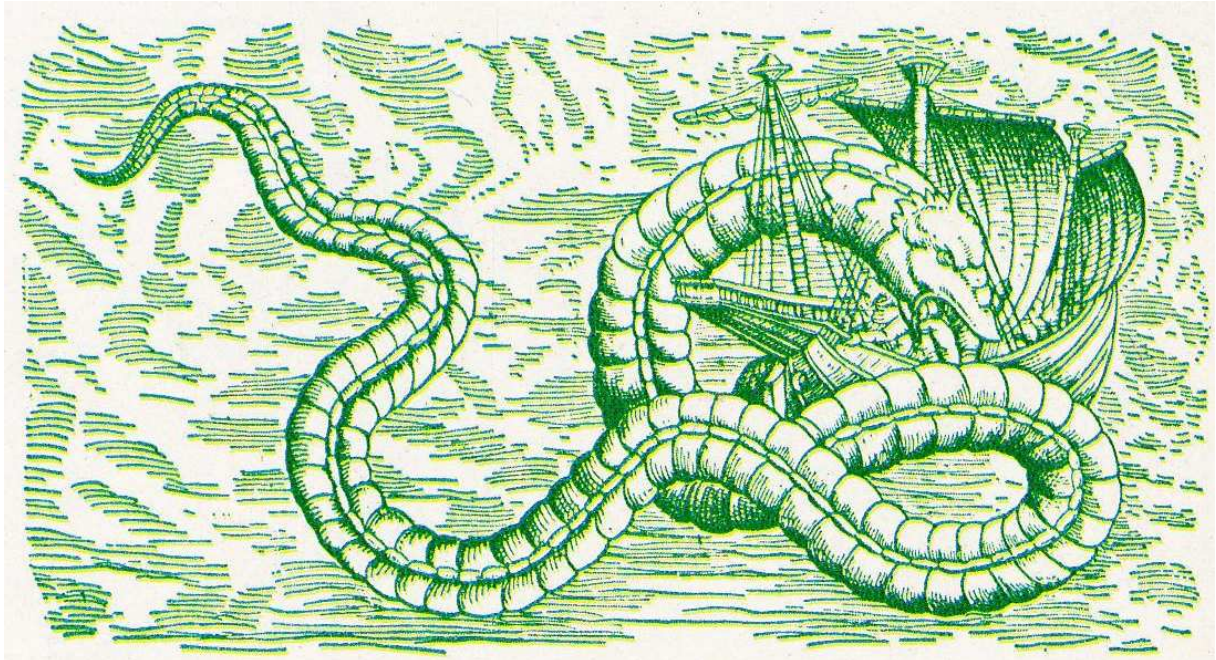


Ya, cuando se preparaba alguna nueva expedición, los hombres de mar no corrían a ocultarse donde los agentes del Rey no pudieran darles caza para el servicio forzoso, ni era preciso compeler por la violencia a los pilotos para que embarcaran, ni reclutar tripulación entre delincuentes, maleantes y galeotes. El paseo triunfal de Cristóbal Colón desde Palos



hasta Barcelona, donde los reyes le trataron casi de igual a igual, los cautivos indios vestidos de vistosas plumas, las pepitas y las arenas de oro, los collares de perlas, los adornos y las joyas de singular riqueza y nunca vista hechura, las aves que como alhajas vivientes llevaban en el cortejo, todo esto, agigantándose en la imaginación popular, había cambiado totalmente el viejo concepto del mar misterioso y amenazador. Los relatos, de por sí jactanciosos, de los mareantes que volvían de las Indias, abultábanse hasta lo fantástico al pasar de boca en boca, y si muchos temían aún, más que a la muerte, los azares de lo desconocido, en otros tantos la ambición se sobreponía al miedo, mientras que para algunos el peligro era, cuando mucho – si no un incentivo –, en el caso peor, análogo al que se corre yendo a Oriente por las vías habituales o navegando por los mares siempre procelosos del oeste de Europa. No faltaban, pues, voluntarios para las

nuevas expediciones, y los capitanes podían elegir a sus anchas entre marinos avezados por largo y rudo aprendizaje hecho en las audaces flotillas de comercio.



Truncos, pero portentosos relatos de los prodigios que oculta y defiende el mar, habían llegado, pues, a los oídos del pequeño y estático admirador de las carabelas, incendiando su cerebro de trece años, allá en Cádiz y en el Puerto, y luego cuando merodeaba por Triana tomando el sol a orillas del Guadalquivir, o cuando, en los portales del convento de Santa Clara, aguardaba charlando y escuchando a que se asomase el hermano lego con su gran caldero rebosante de bodrio para los mendigos y truhanes que iban a solicitarlo a mediodía. Desde entonces ya no vivía sino con la ambición de lanzarse él también a la conquista lo mismo que la multitud de hidalgos arruinados, de soldados harapientos, de

aventureros sin escrúpulo que importunaban a los capitanes para que les llevaran con ellos, hasta el infierno mismo si a mano venía, siempre que de allí se volviese con rentas. Enérgicos y atrevidos, los más enérgicos y atrevidos de España y Portugal, iban, generalmente, como horda invasora, animada por un espíritu destructor, a cometer en las Indias atrocidades sin cuento (**Nota** : Cortez en 1521 y Pizarro en 1531),

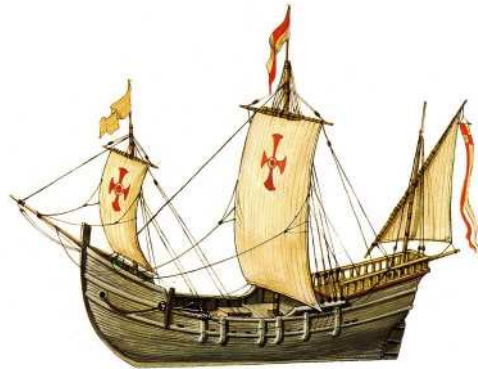


pero también, sin pensarlo, a dejar en ellas la simiente del heroísmo y del instintivo empuje hacia un porvenir mejor.

El chicuelo, absorto en su contemplación y en sus ensueños, pareció despertar de pronto y se incorporó a medias : dos personas hablaban cerca de él, y su conversación le interesó desde las primeras palabras. Escuchó sin moverse, para que no lo advirtieran :

- Esa – decía uno – es la nao capitana. Como

ves, lleva aparejo latino en los dos palos y puede ceñir el viento en cinco o seis cuartas, lo que, si no navega de conserva, le permite andar menos que las otras para ir al mismo punto. Portuguesa es ésta, castellanas las otras – aunque tan castellana sea la primera como las demás : nombres que se les ponen. Ahora, mira las dos castellanas, que llevan aparejo mixto, con las velas de proa cuadras y las de popa latinas. Pero el más fino velero es la Portuguesa.



- *Por la pinta vas a estar a bordo bien a tus anchas, Rodrigo – dijo el otro.*
- *¡ Y tánto ! Mejor que en tierra, sobre todo cuando ha de irse de un galope desde Logroño hasta Bilbao, como tuve que hacerlo va para tres años, por seguir al capitán ... Concluído mi cuarto, y si no hay novedad cuelgo el coy bajo cubierta y duermo a lo lirón, mecido como en la cuna cuando mi santa madre – para quien yo era hermoso como un angelito, a pesar de la cara que ella y Dios me han dado – me arrullaba canturreando entre dientes ...*

- *Pesadillo será el trabajo ...*
- *¡ Quiá ! Harto sabes tú que fuera de las borrascas, las entradas y salidas de puerto, y el asomar de escollos y rompientes – que entonces hay que tener buenas manos, buenas piernas y mejores ojos – mayor es a bordo el sosiego que en la mismísima corte del rey católico, que anda siempre de la Ceca a la Meca, sin tener la casa debajo, como nosotros. ¡ Y qué siestecicas, y qué veladas, ¿ eh ?, cuando se soba el naipe o cuando en corro se cantan los cantares de la tierra y se cuentan historias espeluznantes que al menos tierno le ponen las carnes de gallina.*
- *Y de lastre para el estómago ¿ Cómo iréis ?*
- *Tal cual. No falta carne salada – de buey, de puerco — cecina, el bacalao, frejoles y otras legumbres secas, bizcocho, vino que rasca el tragadero ... y todo en abundancia, hasta matar bien la hambre y la sed, como no venga a ponérsenos de montera alguna calma chicha que nos deje a media ración o algo menos ... (Nota : para tener idea y comparar ; TORIBIO MEDINA, pp. 21-23) Lo peor es el agua que en las vasijas o aljibes, y pese a los cuidados, llega a ponerse espesa, corrompida y salobre ... pero a buen hambre no hay pan duro ni a buena sed agua imbebible ... amén de que queda el vino hasta lo último, verdad ? ... En resumidas cuentas, más suele sufrir en tierra*

firme la pobre gente que en el mar nosotros, y ellos sin esperanza de mejor fortuna. También en la tierra se pasan hambres.

- *¡ Y tantas, señor marinero ! – exclamó sin poder contenerse el chico, que se puso en pie echando mano a un guiñapo que llevaba por birrete.*
- *¡ Hola !, y ¿ de dónde sale, seor renacuajo ? – dijo Rodrigo, el marinero-escudero de Solís, pues él era uno de los interlocutores.*
- *Salgo de una hambre para caer en otra, señor mareante ... – contestó con desparpajo el chiquillo.*

Viendo que Rodrigo sonreía, con lo que acabó el miedo que su mascarón hubiera podido causarle, atrevióse a continuar :

- *Si vuestra merced, señor mareante, fuera servido de decirme lo que debe hacer una "persona" que quiere embarcarse para ir a descubrir tierras y tesoros, ¡ por Dios que se lo agradecería !*
- *¡ Voto a tal, y no es chica la desvergüenza del mocoso ! – exclamó el tercer personaje.*
- *¡ Ah, señor ! perdone usía, pero prefiero un palo a que me den la callada por respuesta... Ya crecería en el viaje, a poco que durara ; y para la buena voluntad no se necesitaban barbas de cabrón ...*
- *¡ Valiente oruga ! – dijo riendo Rodrigo –*

¿Cómo te llamas, Goliás ?

- *No ; Goliás, no, que nada tengo de gigante, sino Francisco, Paco, Paquillo, Frasco o Frasquillo, como vuesa merced quiera, que todo eso me dicen, y todo está bien ...*
- *¿ Francisco a secas ?*
- *Y a mojudas ... Eso debe de venir de que no he conocido padre ni madre.*

Y como si lo invitaran a hacerlo, el chico, verboso, contó, ceceando :

- *Diz – pero debe de ser exageración – que me encontraron en un muladar de Puerto Real, junto a Cádiz, envuelto en un estropajo, que no en mantillas de Holanda, por lo que se habla de que si soy o no soy hijo de príncipes ... Recogieronme unos viejos que pedían limosna, y me la hicieron para que más tarde les ayudara, pero cuando yo comenzaba a hacerlo de mil amores, porque el suyo no era trabajo muy pesado, murieron de las miserias pasadas ... Pues allí me crié yo, más que en tierra en las aguas de la bahía, y hasta haciendo, alguna vez, oficio de marinero en la Almadraba ...*
- *Medrado marinero ...*
- *Otros hay que ... Pero, la verdad, un golpe de remo no me espanta, y el arráez ha solido encargarme de maniobras más difíciles.*
- *¿ Y ahora, creyéndote un lobo de mar, quieres atreverte con la charca grande, marinero de*

agua dulce ?

- *Salada, y bien salada es la de Cádiz, que en Cádiz está la sal que Dios crió ... Pues, por cruzar esa charca que usarcé dice, vengo de allí, a pie como un hidalgo, diciéndole al hombre ¡ alante, alante ! ¡ que allá te aguarda la mesa puesta ! ... con que ya pueda embarcar en una de estas armadas de Castilla del Oro o donde sea, tiempo tendré de comer y ahitarme, y ahitar a cuantos se me acerquen ... Conque si usarcé quiere llevarme consigo, yo le serviría de mil amores, y le bailarí el agua delante, atendiendo antes que al mío a su interés y agasajo ...*
- *Si tienes tanto arrojo como labia, eres todo un valiente, Paquillo – dijo el marinero, divertidísimo con la charla del rapaz. Y, queriendo seguir la broma –. Pero no puedo servirte a medida de tus deseos. En cambio, voy a darte una noticia : aquí justamente viene llegando uno que, si entras en su gracia, puede hacerte de un soplo jefe o poco menos de la armada y Adelantado, o cosa así, de alguna tierra que descubramos.*

Volvió Paquillo los ojos y vió que hacia ellos se adelantaba el más robusto de los marinos a quienes había seguido pocas horas antes.

- *¿ Quién es ese caballero ? – preguntó ansioso.*
- *No es hidalgo – replicó Rodrigo – sino un*

mareante, aunque de los mejores. Llámase Diego García y, mereciendo mandar escuadras, es el que manda a nuestra gente, como maestro, muy contento de servir al capitán general que, por su parte, merecería ser rey, cuando menos ...

García, apenas estuvo cerca, preguntó con voz de trueno, y salpicándolo todo en torno suyo:

- *¿ Sabéis si se ha embarcado ya don Juan?*
- *No ha llegado aún – contestó Rodrigo –. Aguardándole estoy con el batel y los hombres, pues he de llevarle a bordo.*

Paquillo, entretanto, miraba a García de hito en hito, empinándose sobre la punta de los pies y acercándosele como magnetizado.

- *¡ Aparta, arrapiezo ! – exclamó el maestro, empujándolo sin rudeza voluntaria, pero con tal dulzura que casi lo echa a rodar – ¡ Por Santiago ! ¿ quién me ha puesto en el camino a este engendro de Belcebú y una gitana ?*

Conteniendo mal la risa, Rodrigo contó a su jefe las pretensiones del mozuelo.

- *Mucho bizcocho has de roer – dijo García encogiéndose de hombros y volviéndole las espaldas – antes de que puedas maniobrar una driza, gusarapo ... Embarca, Rodrigo, que yo también he de ir a bordo.*

El marinero corrió al batel sin despedirse de su amigo tal era el imperio de García sobre su

gente. El chico, desconsolado, vagó por el puerto, y un rato después volvió a sentarse frente a las carabelas ... Su cerebro infantil barajaba entretanto las más extravagantes ideas, tendientes todas a hacerse alistar en la armada o introducirse en ella de solapa, con alguna estratagema, hasta que las naos estuviesen en alta mar y ya no fuera posible desembarcarlo ...

Llamóle la atención, de pronto, el interlocutor de Rodrigo, que no se había movido del sitio en todo ese tiempo, y habiendo comprendido por su aspecto que era marinero él también, le preguntó con su habitual desparpajo :

- *¿ Y voacé, seor portugués, embárcase con ellos ?*
- *A fe que no faltan ganas ... – murmuró el otro – Pero dí, ¿ en qué conociste que soy portugués? ¿ En el acento ?*
- *Helo dicho al azar. Bien podríais ser gallego, que olivo y aceituno, todo es uno ... Pero, eso os espanta ?*
- *Espántame y no me espanta – dijo el portugués hablando más consigo mismo que con el rapaz –. Los castellanos son ahora el diablo para alistar portugueses ... Como los de allá y los de acá, andamos a la greña sobre si esto nos pertenece y esto no ... Aunque Bofes de Bagazo y ese Diego García y cien otros sirvieron antes al de Portugal, y hay hasta*

quien diga ... No me han de hacer muchos repulgos si necesitan un hombre resuelto, que sepa darse maña para todo ...

- *Eso creo – replicó el chico por ganarse su voluntad. – No tenéis facha de ahogaros en una alberca, y con hablarle a ese Bofes o ese Diego que decís ...*
- *Eso haré, voto a tal, y no más tarde de mañana, o antes, si se presenta coyuntura, que amén de marinero, diestro soy en entender y hablar jerigonzas y podría serles de gran servicio ...*
- *Muy sabio se ha de ser para hablar otras lenguas que la natural – exclamó Paquillo con desmedida admiración. – Pero decidme, seor marinero, ¿ no sabéis, como tan sabio, alguna traza que me haga entrar a mí también en la cofradía ?*
- *¿ Como trujamán ? A fe de Enrique Montes (Nota : TORIBIO MEDINA, pp. CCXCI + CCXCVII + CCCXVII- CCCXXXVIII) que tiene gracia el chico ... Todavía no se te ha secado el ombligo y ya quieres ...*
- *¡ Quien habla de trujumanes ni de Dios que lo fundó ! ... Yo digo de marinero, o de paje, o de grumete, o de marmitón que sea ...*
- *Eso ya es otra cosa – respiró el portugués como si recibiera humildísima satisfacción –. Pero – agregó al cabo de un rato – mira esos muchachos de la esportilla que comienzan a*

llevar matalataje a bordo ... Métete entre ellos, haz como ellos, y si te señalan en la faena, puede que luego el maestro o el piloto te hagan la merced de tomarte por grumete ... mientras no te hacen capitán general, como decía Rodrigo ...

- *Si usarced tuviera a bien decir dos palabritas en mi favor a ese mi señor don Rodrigo, por cierto tengo que habría de valerme, y yo rezaría por usarced todos los días de mi vida, como por el más barí de los hombres.*
- *Hacerlo he, pero no por tu adulación, sino porque me pareces listo.*
- *¡ Dios se lo pagará a usía con las setena ! –* gritó el chico saltando de contento y echando mano al birrete.

En esto estaban cuando los distrajo un gran movimiento que se producía a la vez en tierra y en la mayor de las carabelas, que era una de las dos aparejadas con velas cuabras. Sacábanla a monte, sin duda para acabar de calafatearla y carenarla. La maniobra, aunque pesada, no era difícil, pues el barco, poco cargado aún, tenía a flor de agua gran parte de la obra viva.

Corrieron ambos para ver de cerca, pero Paquillo no perdió tiempo, y como no tenía ni esportilla ni cuerda para hacer de mandadero, ni medios de procurárselas, mezclóse con los que halaban la nao y se puso a ayudarlos con gran brío, como si ya perteneciera a la tripulación.

Recibiéronle como a perro en misa, pero demostró tanta buena voluntad y destreza, que pronto cesaron los reniegos y las maldiciones de los marineros a quienes en un principio pareciera estorbo más que ayuda, y encogiéndose de hombros le dejaron, ya que "*lo hacía de comedido y no guájete por guájete como ellos*". Rodrigo había vuelto con el batel para embarcar a los otros marinos en cuanto llegasen, y Enrique Montes se les acercó al momento, ganoso de acabar de conquistarlo para que hablase a Solís en favor suyo.

- *Lo haré de mil amores – explicó Rodrigo –, pero no será fácil que te aliste, no sólo por los muchos postulantes sino, sobre todo, porque la tripulación ha salido de Lepe casi completa, y los pocos hombres que nos faltaban ya a estas horas habrán sido apalabrados por el mismo piloto don Francisco de Torres, o más seguramente por el maestro Diego García, que conoce a cuantos han bogado en otras galeras que las del Rey, y aun en estas mismas. No obstante, ya encontraré manera de hablar de tí a don Juan, y le encareceré muy mucho tus habilidades como lengua, que los trujamanes no abundan en estas playas y son bien necesarios en las que vamos a buscar. Diréle que tienes mucho aquel en eso de entender hablas extrañas, en aprenderlas de coro, y en paular y maular como el más*

pintado ...

Y al descubrir de pronto a Paquillo que sudaba la gota gorda halando la carabela al par de los marineros, agregó :

- *Sin menoscabo de tu interés, también hablaré de ese chaval. Discreto y decidido, es un hombrecillo que promete ...*

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

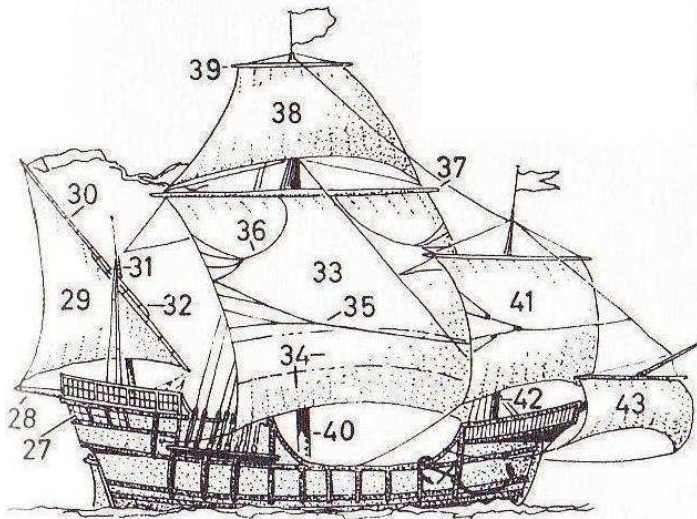
"*Bofes de bagazo*", ver p. XXV in :
TORIBIO MEDINA, José ; **Juan Díaz de Solís. Estudio histórico** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol100medi/juandazdesol100medi.pdf>

Ilustraciones (2) de « *cometer en las Indias atrocidades sin cuento* », copyright Jean TORTON, « *La conquête du Pérou* ».

<http://bdoubliees.com/tintinbelge/auteurs5/torton.htm>

http://www.galerienapoleon.com/auteur-bande-dessinee_jeronaton-planche-jean-torton-artwork-bd-comic-bande-dessinee_fr_49.html



la carabela

[“Santa María” 1492]:

27 el camarote del almirante

28 la verga de popa *f*

29 la mesana, una vela latina

30 la verga de mesana *f* (verga latina)

31 el palo de mesana *f*

32 la ligada

33 la vela mayor, una vela cuadra

34 la boneta, una vela accesoria

35 la bolina

36 el briol

37 la verga mayor

38 la gavia mayor

39 la verga de la gavia mayor

40 el palo mayor

41 la vela de trinquete *m*

42 el palo de trinquete *m*

43 la cebadera

**Fuente : *Diccionario por la imagen
DUDEN español* ;**

**Barcelona ; Editorial Juventud ;
segunda edición, 1963, pp. 384-385.**